**DOMINGO IV DURANTE EL AÑO**

El evangelio de Marcos hoy nos presenta un tema central: la autoridad de Jesús. La misma se manifestó en una sinagoga de Cafarnaúm un día sábado. Y en esa oportunidad había un hombre poseído por un espíritu impuro. Jesús se presenta como maestro porque enseña y como médico porque sana. Los que estaban allí decían que Jesús enseñaba de una manera nueva y con autoridad. Y se asombraban porque no era como lo escribas. El texto nos muestra que Jesús expulsa a los demonios que habitaban en ese hombre, algo que no se había visto antes. Hasta aquí ya tenemos varios elementos y podemos analizar sólo algunos.

**a)-La sinagoga:** es un lugar especial para los judíos, no tanto como el templo de Jerusalén. Pero era un lugar de reunión donde se leía la Escritura y donde se impartían enseñanzas justamente sobre la Ley de Moisés y los Profetas. Podría decirse que es el lugar de la Palabra, donde resuena la voz de Dios. Podría decirse también como una escuela de la Palabra. Y ahí Jesús va a enseñar. Los Padres de la Iglesia le dan un significado a la sinagoga: es el lugar íntimo del corazón donde resuena la voz de Dios, donde Jesús me enseña.

**b)-El día sábado:** justamente este día era dedicado para escuchar la Palabra y enseñarla. No se podía hacer ninguna otra cosa, porque era el día del Señor. En un sentido espiritual, el sábado es el día en el que el Señor se manifiesta con su Palabra. Y ese día es hoy, mañana, pasado. El Señor siempre está disponible para hablarnos de su Palabra.

**c)- El hombre poseído por un espíritu impuro:** llama la atención que en la sinagoga hubiera una persona así, cuando es un espacio de silencio, de reflexión, de quietud, de escucha. Y este hombre que resulta un poco extraño en la escena, grita en un ambiente así de estas características. Pienso que el hombre no habría sido recibido si se manifestaba así antes de entrar. El texto no dice nada sobre eso, pero da a entender que el espíritu del mal entró en él estando ya dentro de la sinagoga. Lo más llamativo es que grita, se dirige directamente a Jesús y habla con él. En realidad no es el hombre quien habla sino el espíritu impuro. Este espíritu primero habla en plural: “¿Qué quieres de nosotros…has venido a acabar con nosotros?”. Esto demuestra que no es uno sino que hay más como él. Después habla en primera persona: “Ya sé quién eres, el Santo de Dios”. Es una provocación que le hace a Jesús, porque todavía no era el momento de revelar su identidad como Hijo de Dios. Y esto podría causar confusión en los oyentes, ya que Jesús se va revelando a medida que los hombres van haciendo un proceso interior para comprender sus Palabras. Pero el demonio tiene esta característica: provoca confusión, acelera etapas, arruina procesos, hecha a perder los momentos orantes, grita en medio del silencio, agita el corazón que está en paz. Jesús impide que todo esto suceda con una sola frase: “Cállate y sal de este hombre”. Este “cállate” es muy similar a otra palabra que dijo Jesús en otra ocasión, en medio de la tempestad violenta: “calma”. Con la misma potencia, con la misma fuerza y autoridad divina, Jesús trae nuevamente la paz y la armonía. Muchas veces ese hombre poseído somos nosotros mismos, cuando nuestros malos pensamientos se instalan en el corazón para impedirle abrirse a la acción de la Palabra de Dios. Por ejemplo, es muy difícil escuchar la Palabra cuando acabamos de tener una fuerte discusión con alguien. Generalmente esta situación se queda un largo rato en nosotros hasta que nos sosegamos nuevamente. Pero si es algo que se prolonga en el tiempo, también se prolonga el no poder escuchar a Dios en su Palabra. Por eso el único que tiene autoridad para aquietar el alma es Jesús ya que su acción permanece: es decir que saca al espíritu del mal que nos tiene esclavizados. Siguiendo con el ejemplo, puedo conseguir que alguien me escuche y me de paz, o puedo leer un libro de autoayuda. Esto me sirve pero es para un momento. Después, el recuerdo vuelve y agita nuevamente al alma. Por eso, sólo la oración a Jesús es la que calla nuestros pensamientos, nuestros recuerdos, nuestras sensaciones de ira re-vividas. Justamente es esta la autoridad de Jesús, la única que aleja al mal que nos aprisiona. Por ejemplo, yo puedo ayudar a un amigo para calmarlo y darle paz, pero es mi oración por él la que lo sanará, no mis palabras. Si bien es verdad que nuestros gestos y palabras sanan a los demás, cuando van acompañados de nuestra oración a Jesús, sanan realmente.

En el mundo hay muchísimos gritos que nos aturden, y ensordecen nuestra alma. Nosotros no podemos callarlos, pero sí el Señor. A medida que nos acercamos a la oración de súplica, estos gritos se van apagando. Una jaculatoria, una frase corta pidiendo ayuda a Jesús, repetida con insistencia, es el modo de decirle al espíritu del mal “Cállate y sal de mi corazón”. Una frase que podemos decir es: “Dios mío ven en mi ayuda. Señor date prisa en socorrerme”. Repetirla hasta que el corazón se convenza de que tiene a su lado a Alguien que es más poderoso que todo mal.